

LA CIENCIA Y EL ARTE DE CURAR *

Aniceto Aramoni

LA CIENCIA de curar y el arte de ponerlo en práctica, tienen por objeto mantener sano al hombre. Ser ciencia y ser un producto moderno en sus adquisiciones más valiosas, permite ubicarla dentro de un marco de referencia actual.

Aunque desde siempre debe haber interesado conocer la enfermedad y aliviarla, hay que aceptar que la medicina como conjunto orgánico de conocimientos científicos es reciente, casi de este siglo como otras ramas del saber y puede decirse que para algunos pensadores estos últimos ochenta años de labor científica, han aportado más logros que toda la época anterior; con la implicación de que muchos de los responsables de esos avances viven aún o fallecieron recientemente, lo que sugiere la juventud de algunos sectores de la ciencia.

El camino recorrido desde el empleo de la panacea hasta la utilización de una píldora de clorhidrato de trifluoperazina, ha sido largo, difícil y fructífero. Se calma la angustia, se quita el dolor, se suspende la hemorragia, se destruyen diferentes bacterias patógenas, se extirpa limpiamente un tumor. Sin duda que como al término de la Creación, podría decirse: "que era bueno".

Sólo que al mismo tiempo ha ocurrido un fenómeno colateral: el hombre médico se alejó del hombre que sufre como entidad global. Lo ha fraccionado y ha repartido los pedazos entre cada uno de los expertos en cada fragmento. Nadie puede objetar como perjudicial o innecesario tal procedimiento, que ha probado ser generoso en resultados.

De cualquier manera, vale la pena hacer algunas consideraciones que tienen que ver con todo el proceso relatado: la ciencia funciona mediante el análisis y lo hace bien. Pero el hombre médico se ha alejado del objeto de su interés. Lo retiró de su propia biología y de su entorno para colocarlo dentro de la física, de la química y de las matemáticas. Se escamoteó al hombre que sufre de su condición global y al hacerlo así, al alejarlo de su biología, se pierde esta subjetividad que introduce el ser humano dentro de la naturaleza, enajenándose de su integridad, de ese algo diferente, que el individuo pone en la evolución del

* La primera parte de este artículo fue presentada en el Simposio "Humanismo, Psicoanálisis y Medicina Humanista", en la Academia de Pediatría, 1968.

mundo animal, del orgánico y por supuesto también del inorgánico, a cuyas leyes obedece y de las que simultáneamente está separado y que no lo contienen de modo total.

Digamos de algunos hechos elementales que pueden aclarar un tanto lo que se expresó: todos sabemos que la luz está constituida por fotones, que son ¿carga eléctrica?, ¿ondulaciones?, que para "convertirse" en luz necesitan transitar por la córnea, el cristalino, la retina, el nervio óptico y la corteza cerebral occipital; sólo entonces es cuando la luz "existe".

Los físicos niegan también la existencia objetiva de los colores, sonidos, olores y sabores. De un paisaje campestre no emanan colores sino ondas de determinada longitud; los sonidos son productos de vibraciones de aire en círculos más o menos dilatados. No existe el olfato o el gusto, sino átomos químicos de distinta magnitud. Queda así tan sólo un movimiento de partículas materiales en el espacio. Ninguna cualidad, sólo cantidades dominan el verdadero mundo exterior, ¿*quantum* de energía?

Vislumbramos algo más: que los mismos elementos básicos constituyen todo lo que existe, están en la raíz de cada cosa y cada ser; pero que la vida del hombre le ha puesto sal y sabor al universo y lo ha transformado en algo diferente.

Los sonidos, por ejemplo —vibraciones de aire— se transforman en música al pasar por el oído del hombre que crea y el que escucha; ésta a su vez provoca la emoción y el recuerdo, sea tristeza o alegría, llanto o risa. Los elementos —onda o vibración— son una cantidad indiferenciada; al intervenir el cerebro humano y todos los órganos necesarios, han transformado lo elemental en algo superior, si se me permite la expresión, en algo humano, cualitativo.

Supongamos que alguien es insultado por una frase, constituida por ondas de sonido de tal o cual amplitud; puede reaccionar golpeando, otro lo hará por medio de angustia y huida, uno más buscará la venganza inmediata o tardía de tal o cual magnitud, alguien más, ríe. Todo fue reacción ante el mismo estímulo, que por descontado siguió las mismas vías de acceso, las únicas posibles; la respuesta, sin embargo, lleva una complejidad increíble, es el resultado del temperamento, del carácter, del momento y la circunstancia precisos, la educación, la tradición, de la seguridad misma del individuo.

Paradójicamente y al mismo tiempo, como muestra de la unidad del ser humano, éste puede perder la conciencia-conocimiento por causa de traumatismo craneoencefálico, shock traumático, por fiebre, hipnosis, ataque epiléptico, ataque histérico, hemorragia profusa, uremia, coma insulínico y diabético, coma



hepático, anestesia por inhalación y por vía venosa, y quizá por angustia y terror.

Muchos hechos se explican aunque no necesariamente se comprendan en el sentido más estricto. Se estima que un fenómeno ha sido explicado cuando se logra descomponerlo en varios fenómenos más simples, o cuando se concibe un modelo mecánico similar, o cuando el cálculo permite preverlo, partiendo de un conjunto de hechos elementales que lo condicionan.

Vale decir, por ejemplo, que no comprendemos la vida, la génesis del universo, la evolución de los seres organizados, tampoco la materia ni la energía; lo mismo sería cierto para la teoría de los *quantum*, la velocidad límite de la luz, la gravitación o la germinación de una semilla. Muchos de los conceptos que empleamos nos permiten concebir un mecanismo posible, como la hipótesis de Einstein sobre la atracción universal; pero todos estos pensamientos son conceptos humanos, para uso del cerebro humano, nada más.

Por otra parte, saber utilizar un dato no significa que se le haya comprendido, al igual que saber conducir un automóvil no implica la comprensión de todos los detalles mecánicos y los principios químicos y eléctricos que contribuyen a su funcionamiento.

Aunque no conozcamos las causas, el porqué, podremos y así se ha hecho, manejar los efectos y el cómo. La electricidad es un ejemplo claro de lo que quiero decir, pero no el único. Hay que recordar que no hemos esperado a conocer la naturaleza de la electricidad, para construir presas, centrales eléctricas y fábricas.

Establezcamos una similitud apropiada para concretar lo que queremos decir: cuando vemos una navaja de rasurar a simple vista, el filo resulta una línea de gran finura, muy delgada y perfectamente regular; si empleamos el microscopio tendremos una línea irregular, como podría ser el borde de un arrecife de coral; desde el punto de vista químico, encontraríamos que se trata de acero, lo que nos llevaría al fin al carbón, hierro y algún otro elemento; para terminar llegaríamos a la escala de los átomos, los electrones y demás corpúsculos o cargas de electricidad. Al cambiar la perspectiva, los elementos de juicio a los instrumentos para lograrlo, nos encontramos con algo distinto, que además posee sus propias leyes y sus propios medios de fuerza y de acción.

Vamos a suponer por un momento que alguien desea estudiar al hombre y convencido de la unidad de la ciencia y de la unidad de la materia, piensa que para saber las causas del comportamiento humano, de sus acciones y de su psicología, es

necesario investigar el cuerpo del hombre. Eso lo lleva de modo insensible al estudio de la anatomía, con lo que ha atravesado un umbral irreversible. La anatomía lo conduce a la búsqueda de la función de los elementos que participan, con lo que llega a la fisiología y a la química biológica, lo que traspasa otro umbral. Para comprender ciertos hechos de la química biológica o química de las grandes moléculas, necesita pasar hacia la química inorgánica, o sea, un nuevo umbral. Si continúa su investigación exhaustiva, necesita trasponer el límite y no sólo estudiar las moléculas, sino los átomos y todos los corpúsculos que los constituyen —una fauna y una flora atómica de treinta partículas— electrón, protón, positrón, neutrino, etc., con ello ha pasado un último umbral también irreversible. Todo ha ocurrido a la manera de esas puertas actuales, torniquetes tubulares, que giran siempre en un solo sentido. Si se pudiera hacer el camino en sentido inverso, no obtendríamos, por supuesto, beneficio alguno.

“El espíritu humano quiere comprender. No puede comprender sino simplificando. Toda simplificación es arbitraria y nos separa de la realidad. Ensayando comprender, el hombre se aleja, pues, del problema que trata de estudiar. *Una sensación, concebida atomísticamente*, no tiene ningún sentido. La necesidad de unificar, de descubrir los elementos comunes a todos los fenómenos arrastra al hombre, a pesar de él, a un dominio diferente del que deseaba explorar” (Du Nouy. L. Ver lo que dice en *L’homme devant la Science* y *El porvenir del espíritu*).

El hombre es sin duda un conjunto de órganos que funcionan armónicamente, posee una fisiología y una química biológica, hay los mismos elementos de la química inorgánica que existen en los seres vivos y finalmente elementos atómicos que constituyen la última porción conocida hasta ahora de la materia; sólo que el hombre ha trascendido la naturaleza y el mundo animal. Es consciente de su propia vida, se maneja a través de símbolos, su esfera vital es amplísima y casi no reconoce límites, vislumbra su muerte y sabe de la desproporción del lapso de su vida en relación con el de su especie, nunca puede realizarse al máximo de sus posibilidades, el hombre está solo y en relación, no puede librarse de su mente aunque quiera y no puede librarse de su cuerpo mientras viva y su cuerpo lo hace querer estar vivo; además, el hombre puede fastidiarse, aburrirse y al mismo tiempo es capaz de sentir alegría. (Fromm.) La enfermedad, el dolor, la vejez y la muerte, son parte de la vida del hombre. A este hombre es al que hay que curar y aliviar, por eso resulta tan importante no perder la proporción, ya que posee una dimensión incomparable, llena de problemática constante.



Aquellos que creen en el hombre y en sus posibilidades han sido los menos, pero jamás dejaron de estar presentes en todos los tiempos. Ese pequeño grupo ha producido ejemplares admirables, que han conservado la esencia misma del humanismo a través de todas las vicisitudes de la historia. Lo mismo existieron en la época de la Grecia clásica que durante el Imperio Romano, en el Medievo y luego hacen crisis en el Renacimiento, cuando son un torrente de fuerza incontenible. Todos quieren restituir dignidad a ese producto de la evolución de siglos, que ha dado bandazos a diestra y siniestra, a punto de zozobrar.

La medicina ha evolucionado dentro del concepto humanista estrictamente con las características anotadas: conceder al hombre la importancia única que posee, verlo como el ser global dentro de las circunstancias que lo envuelven, hombre integral imposible de desarticularse en cualquier situación, so pena de enloquecer. Conocerlo en su propia mismidad, tratarlo como meta de nuestro esfuerzo. Una palabra resume el contenido de todos los pensamientos anteriores: respeto por el ser humano en el sufrimiento, en el dolor, en la enfermedad, en el envejecimiento y ante la muerte.

La actitud del médico podría ser y quizá debería serlo, una de apertura a los fenómenos humanos, que por su propia complejidad, no caben dentro de la ciencia sola, que resulta receptáculo insuficiente.

Hay que aceptar la complejidad de la organización vital, lo complicado de la vida humana, la necesidad de recurrir a todos los medios a nuestro alcance para entenderla como es; un proceso dialéctico, paradójico, llena de aspectos oscuros e inciertos, que la ciencia no ha logrado descifrar en su totalidad y que tal vez no logre hacerlo nunca de modo completo.

El cuerpo se mezcla constantemente con lo llamado espíritu, actuando dinámicamente ambos en un sentido y en otro, de tal manera que una secreción alterada produce cretinismo, un fenómeno mental y la angustia sostenida produce hipertensión arterial y úlcera duodenal, enfermedad orgánica por excelencia.

Aparentemente nuestro cerebro tiene que fraccionar para retener —lo hemos dicho ya— tal vez los hechos en el universo no existen como tales, ni sean fraccionados; constituyan una totalidad, un hecho único e indivisible, que incluirá la comprensión, la inteligencia de todo lo que existe y en lo que estamos metidos. Los budistas zen pretenden llegar a eso por medio de *satori*, iluminación o como quiera llamarse, a la identificación de todo lo existente, superando la limitación propia de nuestra visión de los acontecimientos y alcanzar la vivenciación, aprehender —no hay palabra útil— el arcano del universo.

Por eso, cuando un hombre de la talla de Oppenheimer dice lo que a continuación transcribo, produce una especie de claridad luminosa: “El mundo que nos revela nuestros sentidos no es más que un mundo de apariencias: el mundo de la realidad se oculta bajo la superficie de las cosas; y a este mundo real, el místico como el sabio llegan a tener acceso, siguiendo sus disciplinas separadas; el místico por la supresión de los sentidos y la introspección, el sabio por las matemáticas y el razonamiento inductivo”.

El puente

Veamos si es posible establecer un puente entre lo elemental y lo complejo, entre algunos aspectos que son cuantitativos y otros que podríamos llamar cualitativos.

Cuando un individuo es muy pequeño y apenas inicia la lucha para ponerse de pie, resulta de una importancia suprema que logre vencer la ley de gravedad y que logre la posición vertical, que su musculatura y su equilibrio, su sensibilidad profunda, al fin le permitan sostenerse y luego marchar. En ese primer estadio lo básico es lograr ponerse de pie y luego andar.

Al transcurrir el tiempo el individuo logra seguridad y maestría, hasta el grado de ya no pensar en absoluto en los aspectos mecánicos de la marcha, hasta llegar a utilizarla sin tener conciencia de ella y con la meta de lograr algunos fines determinados: premios olímpicos, escalar el Everest y muchas otras posibilidades. La fuerza muscular, la maduración del sistema nervioso, el dominio del equilibrio, todas cualidades complejas y básicas, resultan relativamente crudas y primitivas si las comparamos con emplear la marcha para conquistar una nación, si se la utiliza para construir un túnel internacional a través de montañas.

Algo similar ocurre con el lenguaje, que al principio es el producto de una verdadera lucha y constancia para enunciar algunos sonidos inarticulados, luego palabras simples, después frases organizadas y luego, cuando ya se es maestro de esa característica humana, emplearlo para decir discursos demagógicos, para cantar una ópera, para decir una canción de protesta, para alegar, para instruir, para dominar, para enunciar una verdad. Estas últimas adquisiciones están dentro de un nuevo universo del simbolismo que ya es de una complicación extrema.

Las enfermedades del sistema nervioso, la perturbación de los procesos de la neurofisiología impiden, alterando la llamada “normalidad” de los procesos, dando algunas ocasiones sintoma-



tología de carencia, de ausencia, de modificación grosera de algunas de las funciones hasta imposibilitarlas de modo absoluto como en las parálisis, la pérdida de la conciencia, sordera, ceguera, mutismo, etc. En algunos casos alteran el proceso agregando algo, haciendo aparecer lo que no había o modificando la cualidad: alucinaciones visuales o auditivas, que poseen las características de la organicidad, de la crudeza, de lo elemental (sin negar la complejidad de tales fenómenos si los comparamos con un arco reflejo elemental, o con la estructura de la fibra nerviosa). En los casos en que agrega algo, o se modifica la cualidad, no llega a observarse ese ingrediente fino y sutil, complicado, que aparece en los llamados procesos psiquiátricos, o bien en aquellos del carácter y emocionales preñados de irracionalidad, que son del recurso del psicoanálisis. Ese mundo simbólico complejo, es de una sofisticación aterradora y de una dificultad a veces insuperable.

Lo mismo puede comprobarse dentro del contenido del pensamiento simbólico con la intención de manipular, dentro de un discurso político mentiroso y con la tendencia al engaño y al convencimiento. Del mismo modo en la interpretación de síntomas sexuales de perversión, de una complejidad asombrosa y de finura y matiz incomparables. De igual modo en las fobias, organizaciones de pensamiento —emoción-acción—, mutiladoras que inhiben la libertad, que semejan los zurcidos más complicados que puedan diseñarse.

Puede decirse que en todo acto humano hay un empleo de ciertos atributos o facultades, de cierta musculatura quizá, de organizaciones del sistema nervioso central, de la fisiología y de la bioquímica y al fin también de la física por intermedio de los átomos, de los electrones, de la energía; quiere decir esto que en última instancia la vida es un fenómeno relacionado con la física y con la energía; pero, ¿eso qué tiene que ver con la vida de un místico? ¿qué con la de un investigador inteligente e imaginativo?, ¿qué con la del político?, ¿qué con la del sádico dictador?, ¿qué con la de un santo?, ¿con la de un asesino destructivo? Algunas veces por dejarse influir por un criterio organicista extremo, los investigadores tratan de hallar la razón última de algunos hechos en los aspectos anatómicos o bioquímicos o físicos nucleares, así sucedió con el cerebro de Einstein en el que a la postre no hallaron nada de particular que lo diferenciara de otros y, ¡vaya que había diferencia con el de la mayoría de los humanos! Sólo que no era donde se buscaba, era más allá, cuando se separaba de la química y de la física de las sustancias y de las partículas. Como la tierra que produce flores de olores y de colores de belleza extraordinaria y sutil, con la ayuda de un

abono que está formado por excremento. El producto de la síntesis del pensamiento, de la emoción y de la acción, lleva una diferencia cualitativa fundamental en relación con los elementos de la base, de la cimentación.

Ahora hay que extender un poco más el puente hasta llegar a los aspectos sociales, al funcionamiento del hombre dentro de una sociedad particular, con todas las implicaciones éticas, tradicionales, psicosociales; al traspasar un umbral y enfrentarse a los aspectos evolutivos imposibles de soslayar. Esa excelente adquisición humana que le permite vivir con otros respetando la individualidad y la primacía, lo que se llama el derecho y también la responsabilidad, a un millón de años luz de los electrones de las células que constituyen la unidad del cuerpo-psique.

Influencia de la sociedad, la literatura, la filosofía y la autoridad en el concepto de enfermedad psiquiátrica y salud mental

Espinosa, en el siglo xvii dijo algo fundamental desde el punto de vista del concepto de locura: "Vemos, en efecto, en ocasiones, afectados los hombres de tal modo por un objeto que, a despecho de su no presencia creen tenerle ante su vista, y cuando esto le sucede a un hombre que no está dormido, decimos de él que delira o que es insensato. No se juzgan menos insensatos, puesto que excitan generalmente la risa, los que se abrasan de amor, y noche y día no hacen más que soñar con la mujer amada o con una cortesana. Por el contrario, no se cree que deliran ni el avaro que no piensa en otra cosa que en la ganancia y en el dinero, ni el ambicioso únicamente ocupado de su gloria, porque son, por lo común, objeto de pena para los demás y se considera que merecen el Odio. No obstante, en realidad, la Avaricia, la Ambición y la Lujuria, son especies de delirio, aunque no se les coloque en el número de las enfermedades" (pág. 221. *Ética*. Librería Perlado Edits. Madrid-Buenos Aires. 1940).

En esta descripción se aclara que algo es delirio aunque no se coloque en el género de las enfermedades, la sociedad estaría permitiendo el ocultamiento de una afección y la imposibilidad de establecer o de fundar un diagnóstico si se parte del punto de vista de esa misma sociedad.

Sería una actitud tanto pasiva distinta de la actitud nazi de provocar destructividad, justificarla, incitar a un tipo especial de paranoia social-racial-cultural, de grandeza de todo un pueblo, en razón de su sangre y de su extracción aria y por contra-



partida la creación de una sensación de inferioridad absoluta de los otros, aquellos habitantes de los suburbios del Paraíso.

Existe otra forma más, que podríamos calificar de activa de parte de la sociedad, esto es, creadora de un sistema delirante o alucinatorio que tendría que ser aceptado por la influencia poderosa del consenso gubernamental, autoritario, oficial por así decirlo. García Márquez en *100 años de soledad* describe un episodio ¿de ficción? en un país iberoamericano donde ocurren cientos de muertos, asesinados por un gobierno en turno, desaparecidos como si fuera humo, que dejan en el juicio de una persona una duda terrible, que luego se borra para convertirse en la certeza de que ahí no pasó nada. Se integra así una forma de delirio paradójico o antidelirio, que lleva a una nueva forma de locura en que se niega una realidad sana, objetiva, consciente; que determina una difuminación del juicio, olvido, negación, duda, y finalmente la aceptación de que no pasó nada, no existió el episodio, los hechos fueron producto de la “locura”, y la parte “sana” del protagonista acepta la fantasmagoría, la ficción, como la realidad última.

Tenemos así colocada a la locura en una forma de columpio, de tobogán, en un hilo de araña. Ya no se trata de un diagnóstico individual, de un profesionalista más o menos especializado y más o menos determinado por el carácter social de su comunidad; por su convencionalismo quizá. Ahora es la sociedad a través del instrumento de su gobierno, de su autoridad, la que impone el diagnóstico e implanta las normas psiquiátricas y los conceptos de salud y enfermedad mental, de objetividad y subjetividad, de juicio y locura.

Algo similar al tratamiento que se da a los disidentes, rebeldes y revolucionarios en algunos países, en los que se les conduce al examen psiquiátrico, al diagnóstico y al tratamiento-sanción. Donde la razón y la base del diagnóstico y de lo que siga es el criterio de la autoridad sobre cómo se debe pensar y qué se debe pensar. Este último caso todavía incluye el criterio de utilidad: lo que resulta práctico y redituable para el gobierno en turno. Vaya, como decir que lo que conviene a un gobierno es el patrón y la medida para la locura: si hay violencia por injusticia, si hay lucha por mejoría socio-económica mínima, si hay crítica oral, escrita o a través de la acción, porque no se tolera el género y las circunstancias en las que se vive, los individuos deben ser enjuiciados como locos, anormales, insanos y tratados en consecuencia: electrochoques, lobotomía, reclusión, medicación que abate la voluntad, la energía, que deprime y amorcilla; así dejarán de constituir un peligro y ya podrán “ajustarse” y ser “ma-

nejados” por esa misma sociedad y ese gobierno-autoridad en ciernes.

No se trata de la sociedad contra el individuo, no; se trata de esa sociedad, o mejor de ese gobierno y de esa autoridad en turno, contra ese individuo, no cualquier individuo. Se trataría de la peor autoridad contra el mejor individuo. De modelar al hombre íntegro, revolucionario, juicioso, consciente, digno, productivo y valiente, por un gobierno venal, estúpido, fraudulento, manipulador, despótico e inhumano.

¿Qué posición y qué sitio ocuparían los psiquiatras dentro de una situación tal? ¿Aceptarían el consenso de la autoridad y de algunos de los miembros de esa sociedad, como útiles y definitivos para el diagnóstico de la enfermedad mental? ¿Bastará con que la sociedad y sus representantes esporádicos o accidentales, marquen el criterio de la salud, de lo que es adecuado o inadecuado, de lo idóneo? ¿No estarían “comprometidos” los expertos en salud al emitir cada diagnóstico y al aceptarlo y disponer su cumplimiento? ¿Sería factible o posible permanecer en posición neutra, o habría la ineludible necesidad de tomar partido? ¿Valdría el hecho de considerarlos sanos o enfermos según el caso y las circunstancias en esta época, como norma aceptable al criterio exclusivamente médico? Quiere decir, un diagnóstico hecho por Galeno, por Paracelso dentro de su sociedad correspondiente, ¿sería válido en una sociedad despótica, con un particular criterio sobre la desobediencia, lo debido o indebido, lo moral e inmoral, lo peligroso y lo inocuo? Erasmo podría ser considerado loco, peligroso, disoluto social, dentro de una sociedad y frente a un gobierno secular, mismo que aplicara una sanción similar a la de tipo religioso con base en una inquisición destructiva. Así son considerados innumerables disidentes de nuestra época ante diversos sistemas de imponer autoridad y dominio dictatoriales.

De igual modo que algunos padres y algunas familias, deberían ser internados en vez de los enfermos que lo son por razones de actitudes criminales, ignorantes, imbéciles, bienintencionadas, aprobadas por la sociedad donde viven; en virtud de diagnósticos convencionales, influidos por el temor, la orden y el consenso social y psiquiátrico. De ese mismo modo, serían las autoridades y los gobiernos los que a su vez deberían ser mantenidos con camisa de fuerza, propinándoles electrochoques y alguna que otra lobotomía piadosa, en vez de aquellos ejemplos humanos dignos de admiración a los que encarnecen y tratan como pobres diablos indignos y carne de castigo.

El diablo, los incubos, súcubos, los espíritus del mal, las Parcas-Erinnias-Harpías, que en otros tiempos “causaban” enferme-



dades mentales, de los que había que librar a los pobres pacientes, han sido sustituidos por el empleo del lenguaje fuerte y directo, por el empleo de la verdad abierta y sin tapujos, por la crítica sin colusión, por el disentimiento y el desacuerdo. ¿Cómo cree que debe actuar el psiquiatra moderno, contemporáneo de tales acontecimientos? ¿Seguir diagnosticando a quien se opone al padre brutal, sádico, dominante y despótico, como personalidad psicopática, como sociópata, como rebelde sin causa? ¿Y si en vez del padre es la autoridad del mismo género y de las mismas características, seguir empleando el criterio y las normas de antaño? ¿Llenarían su función como agentes de esa misma sociedad? ¿Como agentes del género humano?

¿Si alguien dice que un gobierno lo persigue, se mete con él, trata de manejarlo o lo maneja a través de hilos invisibles de carácter electrónico, o cintas electromagnéticas, audífonos, y lo vigilan espías, que además tratan de hacerle daño y destruir su reputación imputándole cosas y actos que no ha hecho, atribuyéndole homosexualidad, drogadicción, perversiones sexuales múltiples, no le permiten hablar, se meten con lo que escribe, interfieren su correspondencia, lo censuran y le quitan gran parte de sus ingresos para utilizarlos para hacer armas para matar a inocentes; podría alguien en pleno uso de juicio y razón decir que no se trata de un sistema delirante, que alguien está loco y todo es producto de su imaginación desbordada? ¿No es verdad absoluta que lo engañan, que no le informan lo que sucede, lo reprimen, y aun tratan de matarlo y hasta lo matan? ¿Qué hará el psiquiatra cuando esté ante estos hechos? ¿Recurrir a los tratados clásicos de las enfermedades mentales? ¿Kraepelin, Bleuler, Bumke? ¿A los que trataban a los seres humanos como "casos", que los describían y a sus síntomas delante de ellos mismos, como si fueran incunables o minerales, o un insecto estratificado dentro de ámbar de un millón de años?

No es fácil la respuesta como no lo es la pregunta, pero ahí está, ahí queda y es impostergable y vigente.

EL CASO DE "A":

LA LUCHA POR LLEGAR A SER EL MISMO

Michael Maccoby

"A" EMPEZÓ el análisis a la edad de 21 años. Trabajé con él 500 horas durante 6 años. El caso de "A" es de particular interés porque ilumina el conflicto entre el centro auténtico de una persona sensible y talentosa, y las tendencias desarrolladas como adaptación a una realidad dominada por el principio del poder y del dinero. Estos se expresaban en la religión secreta de "A". La enfermedad de "A" y sus primeros síntomas fueron compromisos entre sumisión, rebelión y verdadera independencia. El proceso terapéutico requirió no sólo descubrir las actitudes inconscientes sino también apoyar el desarrollo de un "Self" debilitado.

Conocí por primera vez a "A" durante una plática que di en una institución. Se presentó como un sabelotodo y mis respuestas a él fueron cada vez más cortas. Después de éstos prácticamente me asaltó diciéndome que había estado buscando un analista entrenado por Erich Fromm y me preguntó si lo aceptaría como paciente en análisis. Arreglamos una cita para hablar acerca de ello. Al principio mi impresión sobre él fue poco favorable.

La apariencia de "A" era de rigidez y un poco *encorvado* en una actitud servil. Tenía 21 años, de complexión media, de aspecto esbelto y atlético; sin embargo sus músculos parecían funcionar más como una armadura protectora que para ser usados. En contraste con su aspecto servil su expresión con frecuencia era burlona y superior. Después de escuchar su historia y la descripción de sus objetivos, tuve dudas sobre la motivación de "A" para un análisis profundo, necesario para un cambio. Le expresé mis dudas y le señalé que las probabilidades de un análisis exitoso, dada su actitud, no eran muy grandes. Mi actitud honesta de duda y el intento de desalentarlo a iniciar su análisis con la ilusión de que éste sería fácil, tuvo un efecto positivo, y su decisión última la basó en forma más realista que si se hubiera procedido de otra manera; estuvo más preparado para sus fuertes resistencias.

En el curso del análisis, desarrollamos la técnica de que "A" fuera resumiendo por escrito lo que iba descubriendo. (Esto condujo finalmente a la práctica de escribir un resumen de cada sesión analítica que nos permitió examinar la naturaleza de las resistencias y la cualidad del desarrollo consecuente.)

